

TRES hechos recientes: un elegante joven miraflorentino atropella adrede con su auto a un policía; un joven universitario prende fuego a un guardia con un coctel Molotov; un joven comunero convertido en delincuente balaceo y mata a un oficial de policía.

¿Qué significan estos sucesos? En verdad, mucho. Son espejo de la crisis de nuestras instituciones. Esos jóvenes son fruto de nuestro medio. Una sociedad no puede verse por "generaciones"; sería una falacia.

En otras palabras, resulta imposible escribir sobre los jóvenes sin tocar la responsabilidad de los padres. Cómo sería criticar a la juventud sin investigar a los mayores que la han creado y formado. La juventud es parte de un todo con "el mundo de los adultos."

Hay una rebelión general de la juventud, con variantes de clase social y de región. Los frecuentes asaltos a los colegios constituyen una de sus más claras manifestaciones. Los rocanroleros, otra. La delincuencia juvenil otra más. Constituyen distintas expresiones de disconformidad.

La actitud de rebeldía de las jóvenes generaciones es resultado de nuestra propia crisis y en cierta medida del reciente progreso. Un antiguo mundo está agónico. La moral de las prohibiciones y el miedo ha perdido su dominio y no hemos hallado un nuevo código ético que descanse en la inteligencia y no sobre el temor. Por ello, aun entre gente honesta, a menudo se dice una cosa y se practica otra.

Si los jóvenes reaccionan con violencia es a veces porque no creen en sus mayores; no siempre toman en serio a sus padres ni a las autoridades. En muchísimos casos, por desgracia, tienen razón. El mundo está cambiando vertiginosamente y nos ha cogido de sorpresa. Arcaicas concepciones se han derrumbado sobre nosotros.

El desarrollo

El desarrollo del capitalismo sobre varias áreas del Perú ha determinado variaciones esenciales. Entre otras el resquebrajamiento de las antiguas autoridades de la familia y el Estado y la multiplicación de las relaciones extramatrimoniales. Del hogar patriarcal de antaño, que se asentaba sobre mayorías campesinas, talleres artesanales caseros y una templada pequeña burguesía, se pasó bruscamente a la dispersión de la familia, al incitante compañerismo de oficinas, fábricas, tiendas y universidades.

La familia se ha deteriorado ante el individualismo del comercio y la industria. El padre trabaja con exceso: sale temprano y regresa tarde. La madre cada día frecuenta más los centros laborales, por necesidad o, en caso contrario, protagoniza una intensa actividad social. En uno u otro caso el hogar queda vacío.

Como no han sido creadas las instituciones que remplacen ese vacío, la crisis tenía que surgir entre los adolescentes, pues éstos, por toda clase de razones, requieren de la protección y guía de padres y mayores.

Otros hechos del "progreso" inciden en este panorama. Se ha reducido hasta el absurdo el tamaño de las viviendas. Niños y jóvenes no tienen hoy otro sitio que la calle. La casa ha pasado a ser un dormitorio. Dejó de ser hogar.

Fábricas, oficinas y tiendas han dispersado a padres, madres, hijos e hijas en enormes ciudades. Separados, cada uno busca sus propias normas de conducta. La mujer misma fue coautora de estos hechos, luchando por su emancipación e igualdad.

Se contempla que, con relativa frecuencia, el progreso no sólo deteriora, sino destruye los antiguos valores. A causa de la acción disolvente de un sistema basado en el dinero y



COOPERACION POPULAR: fuerza potencial de la juventud bien dirigida.

EL ESPIRITU DE LA JUVENTUD PERUANA

por JUAN JOSE VEGA

la inseguridad, infinidad de niños sufren en hogares negativos o carecen de hogar. Abundan casos en que los adolescentes rechazan su propia casa. Existe una escena desgarradora en la película "Amor sin Barreras" ("West Side Story"). Es aquella en que se presencia a un grupo de muchachos enfrentándose a la policía. Uno de los guardias increpa a los jóvenes y les dice que se vayan a sus casas. Uno de éstos le contesta, hablando por todos, negándose. La causa que da: desprecian las condiciones reinantes en sus hogares. La calle les resulta mejor que la perdición o la miseria que viven con su familia.

Pero se registran otros factores concurrentes. El "desarrollo" ha multiplicado espectáculos y diversiones que dan muy poco de cultura y de ética y bastante de erotismo, estupidez o cinismo. El crimen es, asimismo, tema favorito. El mismo "desarrollo" ha gestado una intensa vida social que cuesta mucho y diluye la familia y la amistad verdadera.

Paralelamente otro hecho: la rebelión juvenil femenina, de la cual nadie quiere hablar. Reconocen los sociólogos que los códigos éticos de las abuelas no funcionan más. Las jóvenes al emanciparse con un sueldo o un salario o en la Universidad, han adoptado una actitud más dueña de su vida. En el fondo aspiran a la igualdad con el varón. Se afirma que una nueva moral equitativa al respecto tiende a surgir, incontentiblemente. Pero mientras tanto, han aparecido marcados desajustes que influyen en otros órdenes y se interpretan en modo negativo.



¿NO SE PELEAN nuestros muchachos por ir a ayudar a las comunidades indígenas?

La culpa

¿Son los jóvenes quienes han creado estas nuevas condiciones sociales, económicas y culturales? No. Por tanto, injusto es arrojarles la culpa de lo que ocurre.

De otro lado, la juventud sigue siendo sana. Poco importa el aspecto exterior. Einstein rara vez se cortó el pelo y Dillinger iba a diario a la peluquería. Las barbas son atributo neto varonil. Numerosas veces en la historia han usado pantalones las mujeres. Las feminisistas odaliscas los tienen.

Sin duda existe gran fuerza potencial en la juventud. La de Miraflores, una de las más inquietas del país, reaccionó de modo harto positivo cuando el Municipio demandó ayuda para los niños campesinos de la sierra. Esto no es raro. Si miramos fuera verificamos un hecho: la juventud sueca, punto extremo del modernismo, es la que más fervor ha mostrado por los programas peruanos de Cooperación Popular. Vienen sus voluntarios hasta nuestros Andes.

Ochenta mil jóvenes peruanos estudian hoy en las universidades. ¿No es una prueba de vitalidad y anhelo de superación? Si; y no es el único ejemplo que se puede poner.

¿No se peleaban nuestros muchachos por ir a ayudar a las comunidades indígenas cuando estuvieron en auge los programas de Cooperación Popular?

Y aquí tocamos un punto crítico. El joven, especialmente el desasosegado, requiere de responsabilidades, de metas, de objetivos. Nuestra sociedad no proporciona nada de esto. El joven no sólo se siente aislado, está solo. Por eso, a veces forma su pandilla con un código discutible, pero sincero, que siempre se cumple.

Muchos otros elementos conspiran contra los jóvenes: la rapidez con que hoy se enteran de los males de la sociedad (TV, radios, prensa). El excesivo culto que se rinde a la fuerza física y a la belleza, en desmedro de otras miras. El perturbador erotismo que en la publicidad no busca sino transformar en billetes la excitación sexual. La pornografía abundante. La falta de deporte en el país (se ve pero no se practica).

Un factor grave es también el desprecio por el cholo, inculcado en nuestros grupos superiores y aun en ciertas esferas de la clase media. La juventud que ha recibido ese mensaje de sus padres ¿podrá respetar a la autoridad menor que casi siempre es chola en el Perú, empezando por el policía?

Esto no es todo. Rápidamente los jóvenes reparan que, a pesar de los sermones, la sociedad ampara legalmente la prostitución, el alcoholismo y el cocaísmo; se dan cuenta que más se critican las pequeñas faltas de urbanidad que los peores peculados; que una terrible injusticia social nos rodea. Reparar en que merced a un absurdo sistema los padres toleran que sus hijos sean disolutos, mientras las madres preparan a sus hijas, si pueden, para ser ociosas muñecas.

Ciertos padres creen compensar el afecto y la autoridad con dinero a manos llenas. La sociedad, con órdenes rígidas.

Difícil. El Perú es país donde se hizo siempre escarnio de las leyes y se pisoteó la Constitución. ¿Por qué extrañarse de que los jóvenes ahora no respeten ni los reglamentos de tránsito?

Debemos desengañarnos. El espíritu de la juventud no puede ser mejor que el de la sociedad. Sólo así tendremos derecho a exigir a quienes pueden ser mejores que las ramas.

Empecemos, pues, a transformar nuestra sociedad. Sólo así tendremos derecho a exigir a los jóvenes un mejor comportamiento. □